

Ella escribió postales a diez personas y yo salí para echarlas al correo. Las postales habían sido compradas en diversas tierras ancestrales. Palmeras, mezquitas y selva. Bajé por Bowery intentando encontrar un buzón. Me metí las manos en los bolsillos y avancé de lado con el viento en contra, intentando penetrarlo de costado, a fin de minimizar.

(Una palabra corporativa pero perfecta para nuestra época.)

Tal vez aquélla fuera la respuesta que yo necesitaba, la única ruta de regreso. Qué sencillo. Tomar la decisión de amar mi época. Estamparme a mí mismo en su exiguo diseño. A través de las ráfagas de nieve divisé un buzón. Fue agradable dejar caer las postalitas, añadir diez nombres al enorme proceso circulatorio del retraso. Qué sencillo. Podría entregarme a las seducciones del vacío, llevarme a una generación conmigo a climas vacíos, mucho más allá de cualquier sitio en el que hayamos estado antes, arriesgándome a infligirles un dolor interminable a nuestros hijos, aborto y afasia, todos dormidos entre babas. No tenía ni idea de cómo empezar. Sabía que era im-

---

portante no tenerle nunca miedo al final de ninguna trayectoria que me aventurara a trazar. Era importante no alterar nunca los niveles de propósito. No satirizar nunca ni tampoco perseguir pequeñas ironías ni hacerle reverencia alguna al aplauso con una sola mano de lo elegante y lo humanitario. Tendría que entregarme a las estructuras que definían el tiempo. Flotar en su aceite coagulado. Dejar que el poder y el desprecio hacia mí mismo me volvieran obeso. De qué otra manera iba a rehacerme, a dejar atrás el punto que había encontrado, esa proporción tan necesitada y temida: nada frente a nada. Opel me esperaba en la cama, enredada entre las sábanas, con el cuerpo sumido en un laberinto de mortajas y remansos de ropa de cama desordenada. Era un planteamiento malvado, aliarme con las partes más desnudas de la conciencia de la masa, esa tierra vigilada por los lingüistas del rey, por los técnicos en controles de sistemas de muerte, los asesores de enfermedades corporativas, los parásitos de la industria fetal. Me pregunté si me harían falta seguidores nuevos o si los antiguos se limitarían a reajustarse para acomodarse a mi segunda venida. Éste era posiblemente el aspecto más interesante del problema. Pero de cualquier manera yo sería el héroe estéril de la época, un hombre que conocía la forma más segura de minimizar.

—Me ha sabido fatal deshacerme de esas postales  
—dijo Opel—. Eran hermosamente feas.

—¿Qué decían?

—Decían que dentro de cuatro días es tu cumpleaños y que tal y cual está invitado a venir a tomar éter y moscatel.

—Gracias por comunicármelo.

—Pensé que las leerías.

—He mirado las fotos.

---

—Pues mira, pensaba que las habrías leído y que no decías nada porque las aprobabas de forma tácita. Eso es lo que pensaba con total sinceridad y franqueza, fíjate. En todo caso, vendrán dentro de cuatro días. Será la última fiesta. Eso suponiendo que todo el mundo siga viviendo en las direcciones a las que he enviado las postales.

—Dentro de cuatro días no vendrá nadie —le dije.

—¿Por qué no?

—Porque no he enviado las postales.

—Mentira —dijo ella—. Te he pillado. No has leído las postales, así que no tenías razón para no mandarlas.

—He mentido al decirte que no las había leído. Pero ahora te estoy diciendo la verdad. Las he leído. Pero no las he mandado.

—Estás demasiado hecho polvo para leer.

—Vale, es verdad que no las he leído, pero he sospechado lo que ponía. Así que no las he mandado.

—No estás siendo ni remotamente convincente.

—Las he regalado. Había un mendigo cerca de la calle Stanton. Le he regalado las postales para que las vendiera y se comprara pan negro y sopa. Luego el mendigo ha revelado que en realidad era un santo inglés del siglo xvi: Nigel de Chelsea. Me ha dado su tarjeta de crédito para que la use durante treinta días sin miedo a que me interpongan una acción judicial.

—Siempre sé cuándo estás mintiendo, da igual lo que salga de tu boca. Te quedas muy quieto. Y se te endurece la mirada. Intentas ser más poderoso que la persona a la que estás mintiendo. Cuando yo miento intento escurrirme como un arroyuelo. Pero tú, tú te pones como la isla de Pascua.

—Dime quién va a venir a la última fiesta.

—Pues todo el mundo.

- 
- ¿Me puedes poner un ejemplo?  
—Pues ya sabes, todo el mundo.  
—Las luminarias del pasado. ¿Verdad?  
—Los colgados del neón.  
—Mierda, Opel.  
—No es más que gente, Bucky.

Dormí con la cabeza metida debajo de su brazo. Cuando me desperté ya casi era oscuro. Opel nunca parecía estar en paz cuando dormía. Otras veces, en ciertas expresiones que ponía, yo podía ver exactamente el aspecto que había tenido a los diez años; aquella criatura tan graciosa me sonreía desde el centro de su cara. Pero cuando dormía estaba un poco enfadada, su edad verdadera se multiplicaba por dos, mientras luchaba para abrirse paso entre los sueños y el pánico, con una arruga de menopausia bajándole por la mandíbula. El sueño la despojaba de su impulsividad y no conseguía reemplazarla con ninguna aproximación de su opuesto, la serenidad, o bien la resignación. Opel no descansaba fácilmente. Era una luchadora de la cama, siempre estaba pataleando, meneándose para encontrar la postura y haciendo ruidos carnívoros. Para ella, el trance era un estado más amable. En el pasado nos habíamos aventurado juntos en diversos modos de distorsión y ella siempre había conseguido extraer la seguridad de los suburbios interminables de una sustancia química. Ella pertenecía con exactitud a aquella calma feroz; la estabilizaba mucho más que el sueño. Ahora la desperté e hice el amor con toda la fuerza que pude, con la resolución maltrecha que pude, con un brío renovado en el cuerpo y la mente, extraído de aquel paseo en medio del viento, provisto de una nueva potencia, acuciado por la sensación de que pronto podría regresar al sonido de fuera. Su cuerpo me devolvió el calor del sueño, reaccio-

---

nando lentamente, ya sin codicia en sus libertades, un cuerpo que subía como el pan, con las entrañas en pose, la lengua en mi oído, y lo que buscábamos era dar forma al arte, una forma moral de dominar el comercio, los cuerpos que éramos y el peligro que necesitábamos, el peligro de dragar las insuficiencias del otro, yendo de gira por los agujeros más profundos. Cabalgamos ahora un momento extraño, con risas yendo y viniendo, con la mirada de ella alerta a los deleites del amor, solamente un instante, y luego de vuelta a los asuntos pélvicos, a la cremallera y el piñón, a la palabra del poeta cayendo de la página. Opel se pasó el resto del día en la cama, descansando (decía) de cara a su encuentro mercantil. Yo me dediqué a marcar números en el teléfono muerto.

—¿Por qué la ecología es un tema de lectura tan aburrido? —me dijo.

—Por la misma razón que la destrucción es tan divertida.

—Las revistas viejas son bonitas. ¿No te parece?

—Claro, por qué no.

—Ésta dice que España es una tierra de contrastes. Voy a tener que ir pronto.

—Puede que no sea una tierra lo bastante ancestral para ti.

—Ahora mismo necesito contrastes. Los ojos se me cansan como demonios de ver siempre el mismo sitio. De hecho, ésa es la segunda y última justificación para viajar. Mantener la vista interesada.

—¿Cuál es la primera?

—Convertirse en cosa. Ya te lo dije.

—¿Pero hay alguna tierra que no sea una tierra de contrastes?

---

—No lo sé. Pero España afirma serlo de forma explícita. Si fueras a algún sitio que no lo reivindicara directamente, te estarías arriesgando mucho. Podrías llegar allí y no encontrarte ningún contraste. No, lo de España lo veo claro. Me voy a España.

—España —dije por teléfono—. Póngame con la España que los turistas no ven.

—¿Cuándo piensas salir de aquí, Bucky? ¿Es que no quieres crear más sonidos? No has compuesto nada, no has tocado, ni siquiera has tarareado. Qué coño, colega.

—Qué coño, colega.

—Tendrías que estar tocando.

—Y tú deberías estar traficando —le dije—. ¿Dónde está tu contacto? Si tu contacto no se presenta, ¿qué pasa contigo? Te tendrás que volver a Texas a dirigir el imperio de tu padre. Si lo que quieres es traficar, eso sí que es traficar. Pero ¿por qué te fuiste? Te vienes aquí a esta nieve sucia, gris y helada. Te quedas en esa camita esperando a que un viejo burócrata extravagante aparque su coche de proxeneta y llame a tu puerta. No tiene ni pies ni cabeza.

—Puede que tengas razón. Pero de una cosa estoy segura. Mi mirada necesita contrastes.

—España —dije por el teléfono.

Varios días más tarde apareció en la habitación gente de distintas clases. A algunos los conocía y otros no sabía quiénes eran. Me senté en la butaca de lona con forma de cuenco. Opel guió a los invitados a mi alrededor. Yo asentía con la cabeza, parpadeaba y de vez en cuando le estrechaba la mano extendida a alguno. No tenía gran cosa que decir pero estaba seguro de que no le importaría

---

a nadie. Ya conocían mi voz. Era mi presencia lo que estaban ansiosos por registrar, la simple imagen del hombre en la silla, una impresión en la memoria que pudieran canjear por el tiempo de otra gente. Lentamente la habitación se empezó a llenar. Se hizo evidente que los diez invitados originales tenían intención de triplicarse. La gente hablaba de dónde vivía, del caos de habitaciones o las calles postatómicas donde se alojaban. O bien de su salud, que no paraba de empeorar. De las bandas de chavales aullantes que había en NoHo. De la lejana primavera en las orillas del East River, de la gente que iba allí a hacer picnics y contemplaba con estoicismo los cadáveres que salían flotando a la superficie, envueltos en trenzas de algas y mordisqueados por los peces aburridos. Alguien mencionó el *loft* al que acababa de mudarse, un sitio enorme y con constante corriente de aire, con los suelos deformados y llenos de baches y desprovisto de luz a menos que uno hiciera volar una cometa con una llave. Hablaron de comunas de vagabundos borrachos adolescentes. Tía Maria trabajaba de modelo (tapada) para los alumnos de arte de la Cooper Union. Chester Greenlee pedía limosna en la calle Ocho con una máscara de Mickey Mouse puesta. La señorita Mott vivía sola en Mott, de la misma manera que cuando se llamaba señorita Rivington vivía en la calle Rivington y también en la calle Canal bajo el nombre de señorita Canal. Tenía sesenta y muchos años (o eso se especulaba), coleccionaba botellas de refresco de raíces Dad's y ejemplares del *Wall Street Journal*. Yo respiré y luego volví a respirar. Un hombre fumaba en pipa, sentado con las piernas desenfadadamente cruzadas y vestido con ropa de pana llena de parches. Los colgados del neón charlaban y lloraban, con los dientes en mal estado y en posturas todavía peores.

---

—Ésta es la última fiesta.

—Mira, llevo puesto mi Luv Glove de chinchilla de cuarenta dólares. Es un gesto. Hoy necesitamos gestos. La gente tiene la barriga encogida de miedo. Necesitamos llevar la ropa interior de los demás. Yo emito este edicto: llevar la ropa interior de los demás. Como gesto de fe en los demás. Será el fin del miedo.

—Oh, Dios, mi cabeza. Oh, mi mente entera. Mis miembros y extremidades. Oh, Dios, mi pelo, mis uñas, mis poros.

—Me atormenta soñar con películas. En mis sueños no paran de aparecer y desaparecer caras glamurosas. Todos los grandes nombres. Por alguna razón eso me atormenta. Me despierto lleno de miedo e inquietud. Las caras están tristes. Tal vez sea eso. La tristeza de la fama enorme. Los famosos muertos del cine. Muertos pero no muertos. Quizá por eso es por lo que estoy angustiado. El concepto mismo de las películas me parece tremendamente egipcio. Las películas son sueños. Pirámides. Enormes ríos de sueño. Esos seres enormes y glamurosos con sus legendarios perfiles de esfinge. Me despierto temblando.

—Ésta es la última fiesta.

—Yo estaba decidida a ponerme mi camisón de muñeca con lentejuelas del Frederick's de Hollywood y salir de golpe de un pastel de cumpleaños enorme y grotesco. Pero me he conformado con el Luv Glove. Hoy en día nadie hace gestos. Estamos todos encogidos como cerditos al nacer. Opel, mándame por correo algo de ropa interior para que pueda sentirme mejor. Tuya y de Bucky. Lycra, mándale a Bucky tu ropa interior por correo, aunque sea un par de piezas. Es un gesto de fe. La gente se necesita entre sí. Yo emito este edicto: una cadena de car-



---

tas con ropa interior dentro. Todo el mundo que reciba la carta tiene que mandar una pieza de ropa interior al siguiente nombre de la lista. Si nadie rompe la cadena, todos acabaremos con sesenta y cuatro piezas de ropa interior. De la gente y para la gente. Yo estoy a favor de la gente. Éste es un rollo a favor de la gente.

—Por supuesto que actúo como una criatura. Por supuesto que tengo regresiones. Por supuesto que vuelvo a la fase anal.

—Para la piel quemada, Opel, usa jabón de aceite de visón. Y si tu pelo tiene pinta de que te lo ha estado mordiendo un árabe, usas peine para darle forma, cepillo para acondicionarlo y te lo enjuagas con gelatina, amor.

Seguí respirando, consciente como nunca en la vida del esfuerzo que se requería para generar este acto. La gente pasaba de forma sobrenatural por la habitación, dejando estelas de humo y ceniza aromática. Otros se acomodaban a mi alrededor, moviendo los labios. Todos respiraban, bombeando sangre con hosquedad, embarcados juntos en un milagro perverso. Nuestras partes móviles nos llevaban más allá del límite de toda metafísica sepulcral. Nuestros órganos, separados de nuestros cuerpos, extraídos con pinzas de plata y colocados funcionando sobre relucientes bandejas de Tiffany, constituían las mejores pruebas de nuestra capacidad para perdurar. A continuación nos llevarían en camilla entre ellos, eufóricos por la morfina, fijándonos en las proporciones y en los contornos, admirando la belleza de lo que éramos. Muertos ya, con los vientres abiertos y goteando, nos meterían en ascensores refrigerados y nos mandarían en silencio a las profundidades de la Tierra. Arriba, nuestros órganos serían etiquetados y almacenados. O bien, si les encontraban defectos, se los darían a los pobres para comer.

---

—Es un hecho axiomático que la Historia es un registro de acontecimientos. Pero ¿qué me dices de la historia latente? Todos creemos saber lo que ha sucedido. ¿Pero acaso ha sucedido de verdad? ¿O acaso ha sucedido otra cosa? ¿O no ha sucedido nada?

El fumador en pipa cruzó y descruzó las piernas, con cierto elemento de vodevil en la genealogía de sus movimientos. Golpeó con su pipa en un cenicero, examinó la cazoleta, sopló en la boquilla y le introdujo una escobilla mugrienta. A su alrededor, una gente aturdida de nacimiento se pasaba bombones de chocolate de mano en mano. El fumador en pipa se puso a rellenar la pipa, tratando el instrumento con un cariño apropiadamente viril.

—Soy catedrático Morehouse de Historia Latente en el Instituto Osmond. Pero no ocupo la cátedra Morehouse. Ocupo la cátedra Houseman. Es una cátedra que se ocupa de los acontecimientos que casi ocurrieron, de los acontecimientos que está claro que ocurrieron pero que nadie ha visto ni ha comentado, como por ejemplo la acción de las bacterias o la elevación y hundimiento de las cordilleras montañosas, y de los acontecimientos que probablemente ocurrieron pero de los que no existe crónica alguna. A menudo los acontecimientos potenciales son más importantes que los acontecimientos reales. A menudo los acontecimientos reales que no son registrados son más importantes que los que sí son registrados, ya sean reales o potenciales. En un momento dado, el sesenta por ciento de la población del África negra eran blancos. Hemos encontrado herramientas y fémures suyos. Pero no estamos seguros de qué le pasó a esa raza de gente de ojos azules. ¿Los aniquilaron las guerras y las enfermedades? ¿Acaso se marcharon por mar a bordo de alarga-

---

das embarcaciones de madera? En el ala Memorial Homer Richmond Blount del Instituto todavía estamos inspeccionando los materiales y confiamos en tener respuestas muy pronto. Una de las principales tendencias de la historia latente es evitar la estrechez de miras. En la actualidad estamos reuniendo pruebas relacionadas con la Revolución francesa, según las cuales una facción disidente de los *sans-culottes* solía reunirse en secreto al amparo de la oscuridad con el único propósito de llevar *culottes*. Se paseaban toda la noche con aquellos bombachos de petimetre hasta la rodilla. Una orgía de pavonearse y hacer posturitas. Al alba se volvían a enfundar sus pantalones ajustados y regresaban a sus actividades revolucionarias. La Historia nunca es algo limpio. En algunos casos sucedió menos de lo que sospechamos. Es un hecho axiomático que en la Edad Media la gente se iba a la cama temprano. Estamos estudiando esto para averiguar qué efecto tuvo sobre el hecho de que la Guerra de los Cien Años durara tanto. La historia latente nunca nos dice en qué parte de la marea de los acontecimientos estamos, sino más bien cómo podemos salir de ella. Yo, por ejemplo, estoy escribiendo ahora mismo un ensayo que demuestra que la Reforma, como tal, nunca tuvo lugar. La Contrarreforma fue una reacción a algo que no sucedió como tal. Hubo un tiempo en que el Nilo era afluente del Amazonas. Tenemos sedimentos que lo demuestran. ¿Qué sueños transportaba? ¿Cuánto transportaba de la sangre y el impulso poético de todos nosotros? Éstas son algunas de las preocupaciones centrales de nuestro instituto.

Lloyd Boyd se quedó plantado en la puerta, a continuación me vio y se me acercó. Lloyd era un actor que había estado hacía poco en la cárcel por imprudencia te-

---

meraria. Llevaba desde que lo habían soltado viviendo en la estación Grand Central, durmiendo en los bancos o en las puertas de las marisquerías. Me contó que intentaba ver la estación Grand Central como su apartamento. Con una sola habitación pero bastante grande. Techos altos. Ventanales amplios. Suelos de mármol. Y muy céntrica, lo cual siempre es importante para que un actor salga a buscar trabajo. Un poco ruidosa, eso sí, y podría haber más calefacción. Pero la altura del techo lo compensaba todo.

—Como me deprimí, me tomé un antidepresivo.

—¿Y quién no lo haría?

Lycra Spandex vivía con su madre y su hermana en los apartamentos Lefrak City. No sé dónde vivía Vegemato. Lynn Forney vivía con Notorious Nora y con la Séptima Flota en la avenida B. Jerry Dane, vivía dentro de un abrigo de la policía popular de la RDA. Tia Maria antes vivía en un autobús urbano abandonado debajo de la autopista del West Side, pero los camioneros de camino a las terminales cárnicas solían embestir su autobús para divertirse y a veces se paraban el tiempo justo para violarla, más o menos, hasta que por fin se mudó al local comercial de una iglesia presidida por un hombre que llevaba polainas y aseguraba ser descendiente directo de Mahoma. Cerré los ojos un momento, consciente de que una voz de mujer me estaba depositando nombres a los pies.

—Bucky, éste es Zenko Alataki, que es cuñado de Axel Gregg, el documentalista, y yo soy la hermana de Axel, Lillian, la mujer de Zenko, Lillian Alataki. Mi marido acaba de volver del noroeste de México para recaudar fondos para el terremoto en el que ha estado trabajando allí. Tú simplemente acuérdate de no llamarlo arte. No es arte. Es un regreso a lo que había antes del arte. A encen-

---

der fogatas y manosearse los testículos. El prodigio de la era previa a la información consistía en que los hombres percibían la tierra y se percibían a ellos mismos en pleno proceso de cambio. Zenko ha estado intentando crear presión sobre una falla geológica por medio de una serie de detonaciones muy precisas de TNT. En cuanto provoque unas cuantas más en los sitios adecuados, ya tendrá su pequeño terremoto. La obra de arte más grande que habrá habido nunca. Lo que pasa es que no hay que llamarlo arte.

—¿Eso es verdad?

—¿Por qué no? —dijo Zenko—. Los continentes están apoyados en placas. La corteza se mueve y eso causa fracturas o fallas. La belleza de una fractura hecha por el hombre es que se puede fotografiar la superficie adyacente. Se pueden colocar objetos en la superficie y hacer fotografías aéreas de los objetos al desplomarse. Yo lo llamo temblor cinético. Los objetos que se desploman. Los objetos tragados por la tierra. Si la sociedad no estuviera tan obsesionada con los valores falsos, se me permitiría usar animales vivos para mis temblores. Ovejas, cabras, hasta conejos. La tecnología de los terremotos permite al hombre devolverle cosas a la tierra. Un montón de cabras tragadas por la tierra darían un temblor perfecto. Es un acto de amor sacrificial. Devolvemos cosas. La tierra las acepta y se vuelve más verde. ¿Tú cuánto pesas?

—¿Y éste es el primer temblor en el que trabajas?

—Es el primer temblor del mundo —dijo él—. Estoy siendo prudente pero atrevido. La destrucción al servicio de la vida siempre es un atrevimiento. ¿Tú cuánto pesas? ¿Te has dado cuenta de lo demacrado que está todo este grupo de gente? Parece que os estéis consumiendo todos delante de mis narices.

---

Aquella noche, Opel se retiró a la cama bastante temprano. La gente siguió pululando a su alrededor, y unos cuantos de los más afligidos se limitaron a quedarse a su lado envueltos en pequeñas cintas de tristeza. Diane Bowie se llevó un osito de peluche al cuarto de baño. Las voces parecían arder un poco. La gente arrancaba con los dientes la punta de los bombones de chocolate, con los dientes en mal estado, con los dedos manchados, con unas posturas terribles. Winona Barry contó que se había anunciado como costurera en un periódico del West Village. Un hombre la había llamado pidiéndole un hábito de monja y unos pantalones de montar sin entrepierna. A continuación habían regateado con frases escuetas: «La perversión tiene recargo.» «El dinero no es problema.» «La ropa interior de satén tiene recargo.» «Hágalo con sensatez.» «El agujero de los pantalones de montar tiene recargo.» «Yo le mandaré muchos más clientes.» La señorita Mott intentó marcar el número de la hora con el teléfono de Opel.

—Mi hermana tiene novio nuevo —dijo Lycra Spandex—. Es detective de la Brigada de Grandes Robos. El tío me echó un vistazo y casi se atraganta. ¿Cómo le cuento yo a un tipo así que me pasé la infancia entera soñando con rizadores de pestañas, rímel, sombra clara de ojos y loción tonificante? ¿Acaso le puedo hablar a un policía de paisano de blusas de gasa, faldas largas acampanadas, ropa interior de superzorra, gargantillas, pendientes, alfileres y clips para el pelo? Es un policía de paisano. No me entendería, ¿verdad que no? ¿Acaso me atrevo a contarle lo que significa llevar sombra de ojos y tener una piel rosada como un pétalo de rosa? Llevo toda la vida queriendo ser dos personas: Marge y Gower Champion. Alternándolas, un día uno y un día otro. ¿Acaso puedo confiar

---

en ese detective? ¿Le puedo explicar todo lo de la era de los Movietone de la Fox y lo de aquellas chicas con tutú que saltaban por encima de los caballetes? Ese detective se pasó toda la adolescencia pegando a otros chavales con cadenas de bicicleta. ¿Y se supone que yo le tengo que hablar de mis medias ultrafinas que evitan la tela sobrante en la entrepierna? Lo siento, pero a eso no pienso jugar. Yo sé qué le conviene a Lycra Spandex. A Lycra Spandex no le hace falta rendirles pleitesía a las figuras de la autoridad, ni aunque trabajen para el Departamento de Policía de la ciudad de Nueva York, ni aunque trabajen para la Brigada de Grandes Robos. Si el cabrón es tan maravilloso, ¿por qué no puede conseguirme un *loft* decente para vivir, o una caja fuerte para meter mis joyas cochambrosas, o un puto camión para que me pueda tirar por un barranco?

Cerca de mi silla había una chica pálida plantada de pie. Llevaba el pelo rojo recogido en coletas, unos vaqueros manchados de pintura y una camiseta con un agujero en el medio. Me incliné hacia ella y le toqué el brazo. Luego existo. Ella se volvió y yo le puse la boca sobre el ombligo. Eso la hizo reír y retorcerse un poco. Ella me hurgó suavemente con los pulgares en torno a las orejas. Su ombligo no tenía pelusa y era anormalmente grande, como una luna interior de circunvoluciones y reposo. No había razón alguna para preguntarse ni quién era ni cómo sus manos redondeaban aquel momento de equilibrio.

—Me llamo James —dijo alguien—. He oído tu música y me gusta. El tercer álbum es todo un hito. Un álbum magnífico. Ruido y gritos y balbuceos. He oído todos tus álbumes y todos tus *singles* y me gustan todos, y te lo dice alguien que también es famoso aunque nadie lo sepa. Mylon y yo. Soy amigo de Mylon. Vivimos en el

---

mismo edificio roñoso. Tengo entendido que te has retirado. Es comprensible. No hay nada que pintar ni nada que escribir ni nada que filmar ni nada sobre lo que cantar ni nada a lo que hacerle el amor. Pero tu sonido sigue saliendo todo el tiempo de la radio. Y es un sonido magnífico. Si lo piensas, es asombroso que tu sonido sea tan popular incluso en la tierra de palurdos de donde yo vengo originalmente, tierra de palurdos total, el culo del mundo, nada que ver con una ciudad grande, donde la gente puede absorber esa clase de sonido. Tu segundo álbum también es tremendo, pero yo creo que el más grande de todos es el tercero.

Mylon Ware estaba en un rincón sin hablar con nadie. Era un cantante folk del oeste de Canadá, un hombre esbelto y lúgubre con una mirada extraña. Durante su segundo invierno en Nueva York había matado a su perro y se lo había comido para no morir de hambre. La gente le había ofrecido comida y le había insistido para que acudiera a la beneficencia, pero él no había querido aceptar nada ni hacer caso a nadie, y tampoco había dicho ni una palabra. El perro era un pastor alemán que se había comprado para defenderse, y le había costado mucho matarlo. Mylon había empezado usando la palanca larga que formaba parte de su cerrojo de seguridad. El primer golpe no había sido lo bastante fuerte ni directo, y la palanca resultó ser un arma demasiado larga para la clase de pelea cuerpo a cuerpo que vino después. Pese a todo, a Mylon le resultó de utilidad para mantener al perro a cierta distancia mientras él maniobraba con su cuchillo de caza, que también había comprado para defenderse. Tardó quince minutos en matar al animal. Cuando terminó, no quedaba casi nada en el apartamento diminuto que no hubiera quedado movido o manchado de sangre.



---

Mylon descuartizó al perro y durante un periodo de cuatro días lo estuvo cocinando y comiéndose todo lo que fuera comestible.

—Ésta es la última fiesta.

—El primer acto es mejor en la producción de Nueva York. Y el segundo es mejor en la de Londres.

—Bésame.

—Ésta es mi visión: que el mundo entero lleve ropa interior ajena. Países enteros intercambiándose la ropa interior. Que China le haga la colada a Egipto. Que los turcos, con lo grandes y fuertes que son, lleven braguitas de Scarsdale. Es un rollo a favor de la gente. Yo estoy completamente a favor de la gente. Nos ayudaría muchísimo. Lo visualizo perfectamente. Tarifas postales especiales para la ropa interior. Mercantes llenos de ropa interior surcando las rutas del comercio marítimo. Ésta es mi visión: cadenas postales de ropa interior. La paz mundial por medio de la ropa interior.

—Admito que soy un llorica. Admito que la mayor parte del tiempo soy de un infantilismo fabuloso. Admito que me quiero sentar en el suelo y decir mamá, dadá, naná.

—Para ser filipina es prácticamente escultural.

—El bebé de Winona es el bebé más cagón que he visto en la vida. Ese bebé debería tener agente. Ese bebé tiene un talento al que no se acerca ningún otro bebé. Le dije a Winona que llamara a William Morris. Ese bebé necesita un agente.

—Ésta es la última fiesta. Pásalo.

—Te voy a decir cómo voy a hacer esa foto. La voy a hacer preciosa. Así es como la voy a hacer.

—Ésta es la última fiesta.

—Me dedico a vender tebeos en la Cuarta Avenida.

---

Es una forma de ganarse la vida, ¿no? Vienen los chavales. Los chavales universitarios con los pelos esos, la ropa esa y la piel esa. Y yo les vendo tebeos antiguos. Les vendo tebeos satinados de Bonita Granville y de King Kong. Si lo llaman ganarse la vida será por algo. Es una forma de ganarse la vida. Y yo me gano la vida. Hay cosas peores. Yo por lo menos me gano la vida. Es una forma de ganarse la vida. Y yo me gano la vida.

—Ésta es la última fiesta. Pásalo.

—El Yo está dentro del Otro. El movimiento es la mente que guía a la comunidad solar.

—Ahora el Valle Feliz se dedica a la violencia.

—Bésame.

Pensé en todos los órganos internos de la habitación, considerándolos aparte de la gente a la que pertenecían. Durante aquel momento de reflexión todos parecimos una congregación de mártires, visibles por debajo de nuestra piel. La habitación era la celda de una pintura mística, llena de riñones divinos, de pulmones flotando en el humo, de entrañas resplandecientes, de vejigas cocciéndose a fuego lento y sin dolor. Era la verdad de un loco aquello de pintarnos como si fuéramos bolsas y cordeles en llamas, casi divinos bajo nuestra luz, percederos pero interminables. Miré cómo la chica pálida se tocaba el ombligo voluptuoso. Uno a uno, devueltos a nuestros envases cetrinos, reanudamos nuestras respiraciones.